

Michael McCORMICK *Orígenes de la economía europea. Viajeros y comerciantes en la Alta Edad Media*, Barcelona, Crítica, 2005, 972 pp.

La edición inglesa del libro de McCormick (*Origins of the European Economy*) fue publicada por la Press Syndicate of the University of Cambridge, en un ya casi lejano 2001. Esto, unido al hecho de tratarse de una obra de historia medieval, haría inusual y de un interés más que relativo la publicación de una reseña en esta revista. Sin embargo, el libro de McCormick presenta algunos incentivos que merecen una cierta atención por parte de un público de historiadores económicos no especialmente dedicados a la historia medieval.

Esta obra tiene para este tipo de público varios valores, acompañados también de varios defectos considerables. Intentaremos resumirlos.

En primer lugar, el texto se puede entender como una especie de compendio bibliográfico de investigaciones recientes sobre los temas relacionados con el comercio y las comunicaciones entre los siglos IV y IX (aunque de hecho se centra más bien en los dos últimos siglos).

La obra, en segundo lugar, introduce alguna notable aportación metodológica, como es el tratamiento informatizado de crónicas medievales cruzado con evidencias históricas de otros tipos, fundamentalmente arqueológicas. Básicamente, el autor analiza de modo exhaustivo los historiales de 669 viajeros que se mueven en torno al Mediterráneo, Europa y el Oriente Medio con motivaciones diferentes, desde las comerciales a las religiosas (peregrinaciones) pasando por una combinación de ambas como el transporte de reliquias.

Por último, *Orígenes de la economía europea* replantea, y obliga a discutir, algunos aspectos clásicos de la historia altomedieval, como es el conjunto de interpretaciones derivadas de las llamadas “tesis” de Pirenne y sus críticas. En este sentido, el texto de McCormick es extraordinariamente sugerente, y, aunque muy respetuoso con las interpretaciones del historiador belga, le da la vuelta por completo para concluir afirmando que la alta edad media no aísla al mundo europeo del mediterráneo como consecuencia de la expansión musulmana (la tesis de Pirenne expuesta en su *Mahoma y Carlomagno*), sino que, todo lo contrario, la conexión entre Europa y los universos bizantino y musulmán, con sus propias conexiones orientales, crean un conjunto de relaciones geográficas mucho más complejo que el existente en época tardorromana.

Desde un punto de vista meramente descriptivo, el libro se divide en cinco partes y cuatro apéndices, más una abultada bibliografía. La primera parte (“El fin del mundo antiguo”) plantea los cambios ocurridos en la etapa que va del bajo imperio a la primera

edad media, a través de un análisis de fuentes escritas y arqueológicas. El primer capítulo plantea las tendencias demográficas, en un intento de puesta al día de las investigaciones más recientes al respecto. El segundo capítulo analiza la decadencia de la manufactura en aspectos tales como la metalurgia y la cerámica. El tercer capítulo analiza las comunicaciones terrestres y fluviales, mientras que el cuarto se centra en las comunicaciones marítimas.

La segunda parte (“Gente en movimiento”) es la que, de hecho, constituye la principal aportación de McCormick, con la citada exposición de los historiales de viajeros alto-medievales. Peregrinos, embajadores, misioneros, comerciantes y esclavos, junto con otros viajeros “invisibles”, son los personajes analizados a través de crónicas conocidas y publicadas, pero presentadas desde un punto de vista interesante por lo que representa su análisis agregado. Como puntualiza el propio autor, se trata de una serie de crónicas que individualmente pueden ser poco relevantes, o incluso poco creíbles, pero que en su conjunto presentan una tendencia. En el ejemplo concreto de los tratantes de reliquias, lo determinante no era tanto la procedencia real de la reliquia, como que ésta fuera aceptada como verosímil, para creer que las comunicaciones con esta supuesta procedencia eran igualmente verosímiles.

La tercera parte (“Cosas que viajan”) combina los elementos cronísticos con los arqueológicos, al incluir en este aspecto tanto las reliquias como las monedas, tanto virtuales (el problema de los mancusos árabes) como reales, de procedencia árabo-islámica y bizantina.

La cuarta parte (“Los modelos del cambio”) constituye la principal revisión de la teoría de Pirenne, pues es aquí donde se plantea la apertura de nuevas rutas a través de los Balcanes, el Danubio y el “arco septentrional” por el mar del Norte y el Báltico.

La quinta parte (“Comercio”) analiza comerciantes y mercados, rutas y mercancías (papiro, especias y seda, la tradicional trilogía de importaciones pirenniana). De todas ellas, la más importante, sin duda, es la exportación de esclavos. Efectivamente, el planteamiento de McCormick se centra en el papel básico de los esclavos como exportación europea que permitía la importación de mercancías orientales. Este es quizá uno de los aspectos más atractivos de la obra, sobre el cual volveré posteriormente.

En los apéndices el autor presenta, de forma agrupada, la información analizada, desde la lista de viajeros mediterráneos en los siglos VIII al X, las menciones de mancusos, el catálogo de monedas árabes y bizantinas en la Europa carolingia y el registro de comunicaciones mediterráneas para dicho período. La bibliografía es sin duda enorme, pero para su intento de exhaustividad, insuficiente, tanto en las fuentes primarias como en las secundarias.

Un libro tan voluminoso y ambicioso debe estar plagado de defectos. Lo está, ciertamente. Comenzando por los formales, el principal, en mi opinión, pero también en la de los diferentes autores que han polemizado con McCormick, es su carácter “híbrido”, pues no es un mero replanteamiento teórico y metodológico de viejas interpretaciones obsoletas sobre la transición del mundo antiguo al mundo altomedieval. Si pretendiera ser eso, resultaría un libro excesivamente largo, con una ambición desmesurada. Si, en cambio, pretendiera ser un completo estado de la cuestión, teniendo en cuenta la multiplicidad de temas que trata y que pretende recoger las últimas aportaciones publicadas en

todos los terrenos, desde la demografía a la arqueología y la numismática, entonces se queda muy lejos de su objetivo final. Para empezar, como le han puntualizado alguno de sus críticos, el libro se centra en un periodo mucho más concreto del que dice analizar (los siglos VIII al IX, mientras que la información para centurias anteriores es mucho menor y sesgada); la lista de viajeros dista de ser exhaustiva (por ejemplo, el lector español encontrará a faltar la información contenida en una fuente primaria como la *Lex Visigothorum*); los hallazgos de monedas también, de forma que su catálogo resulta muy incompleto, sólo por citar algunos aspectos relevantes.

No conozco que la obra de McCormick haya generado algún tipo de polémica dentro del ámbito medievalista español, al menos hasta el punto de haber generado alguna publicación. En el ámbito angloamericano, sí. El número 3 del volumen 12 de la revista *Early Medieval Europe* (Blackwell Publishing, 2003), se hacía eco de esta polémica, recogiendo un dossier¹ en el que, junto al propio McCormick, figuraban cinco especialistas que criticaban cada uno de ellos una parte del libro. El contenido de estas críticas (en algunos casos meras puntualizaciones, en otros, ataques frontales a la argumentación de McCormick) creo que, quizá, tengan algún interés para el lector español.

En lo que todos los contribuyentes al debate están de acuerdo es en señalar el valor del trabajo de McCormick como muestra del terreno recorrido en términos de nuevas técnicas y apreciaciones. Evidentemente, la intención de McCormick consiste en enriquecer el debate sobre los orígenes de la riqueza de Europa con las aportaciones de los últimos veinticinco años. Es decir, partiendo de un planteamiento básicamente pirenniano, que la revisión de Maurice Lombard no logró desplazar, incorporar investigaciones tanto sobre fuentes escritas como arqueológicas y numismáticas. Al mismo tiempo, la capacidad de análisis de datos *on line* permite rastrear a través de miles de fuentes y encontrar nuevas perspectivas de estos datos. Su principal contribución es, como se ha dicho, metodológica: el estudio de 669 viajeros que cruzaron vastos espacios del mundo mediterráneo en los siglos VII y IX. Sus conclusiones consisten en la importancia y la densidad de las comunicaciones en esta época (lejos del cierre del Mediterráneo planteado por el historiador belga).

Ahora bien, desde un punto de vista global, una de las más acertadas críticas que cabe plantearle a McCormick es su reiterada identificación entre comunicaciones y comercio. Ciertamente, éste no puede darse sin la existencia de una red de comunicaciones, pero no queda bien resuelta la relación entre los desplazamientos de élite, el comercio lejano y el desarrollo económico global de toda una sociedad como la de la Europa centrooccidental medieval. En el fondo, se sigue planteando la cuestión (gran cuestión) de las bases del crecimiento de esta economía, que aunque deba considerablemente a las contribuciones del comercio exterior, es fruto sobre todo de una expansión interna basada, fundamentalmente, en la expansión y mejora de la agricultura. Estos aspectos le son planteados a McCormick por Joachim Henning. McCormick no deja de señalar, apropiadamente, que la “producción de alimentos” es el sector primario de cualquier economía (p. 30), pero la atención que presta a este sector es, a todas luces, insuficiente, en comparación con los aspectos comerciales.

1. Básicamente, recogiendo la mesa redonda del 23 Congreso Internacional Medieval celebrado en Kalamazoo en mayo de 2002.

La otra cuestión básica de esta obra es la cuestión esclavista. El planteamiento más agudo y provocador de McCormick es el que se refiere al tráfico de esclavos. En esencia, para McCormick el comercio importador mantenido por Occidente durante el periodo estudiado (sobre todo los siglos VIII y IX) se equilibra gracias a la exportación esclavista. Este argumento, que recuerda el planteamiento en torno a un “intercambio desigual” entre las sociedades altomedievales de S. Fenoaltea¹, es lo suficientemente provocador como para situar en su justo lugar toda la economía carolingia, como marginal y subdesarrollada respecto a los mundos bizantino y musulmán, como a partir del siglo XV sería la economía del Africa occidental respecto a la europea. Pero frente a la brillantez provocadora de esta argumentación (ilustrada con cuadros como el 25.2, p. 718), cabe plantear, como hace Henning, la debilidad, tanto teórica como documental, de esta argumentación. En primer lugar,

“No hay duda de que los herederos de la cultura romana (...) bizantinos y árabes, continuarán comerciando con esclavos tanto para las mansiones de los ricos como para tareas especiales en agricultura y organización militar. Pero es difícil imaginar que los señores del oeste hubieran destruido sistemáticamente su más efectiva red de producción rural –el sistema manorial– para vender su propio campesinado como esclavos sólo para comprar seda y drogas en los mercados meridionales”.

Los argumentos documentales tampoco parecen concluyentes. La mencionada tabla 25.2, por ejemplo,

“muestra que en todos los casos bien testificados de transporte en masa de tales cautivos al sur (...) fuerzas bizantinas o árabes o agentes mixtos fueron los iniciadores y beneficiarios”.

Estas, junto con otras, pueden ser vistas como críticas puntuales, que para nada o en muy poco afectarían los planteamientos generales de la obra. Aunque también se podría plantear hasta qué punto, después de tantas críticas y puntualizaciones, puede quedar algo del planteamiento inicial. No lo sé. Pero en cualquier caso el libro de McCormick es algo que sugiere revisar y replantear un conjunto de temas tan importantes como inconclusos.

RICARD SOTO

1. S. Fenoaltea (1999), “Europe in the African Mirror: the Slave Trade and the Rise of Feudalism”, *Revista di storia economica*, 15 (2), pp. 123-165.